



Disparaban desde el campanario, según cómo nos movíamos, breves ráfagas de ametralladora o precisos disparos de fusil. El pueblo era solo una calle sin salida: casas bajas y blancas y, al final, una iglesia con una basta portada de piedra arenisca, dos rampas de escaleras y una espadaña con tres arcos. Desde el campanario disparaban. Entramos pensando que habían abandonado completamente el pueblo, pero las ráfagas de ametralladora y los disparos de fusil nos detuvieron apenas llegamos a las primeras casas. Ordenaron a nuestra compañía que rodeáramos el pueblo hasta llegar a la iglesia, pero la iglesia colgaba de un barranco que parecía cortado a plomo. El capitán mandó que nos apostáramos en el cementerio, que estaba sobre un montículo cercano y quedaba a la altura del tejado de la iglesia y del campanario. Cuando aquellos se dieron cuenta, empezaron las ráfagas contra las tumbas.

Llevaba una hora tras la lápida de una tumba, de rodillas, y apoyaba la cara en el mármol para refrescarme. La cabeza me hervía dentro del casco ardiente, el reflejo del sol hacía vibrar el aire como si saliera de la boca de un horno. A mi derecha, bajo el arco de una capilla fúnebre de gente noble, el capitán y un periodista conocido mío se estaban

inmóviles, como clavados a la puerta: un simple movimiento podía convertirlos en dianas. Si miraba a la izquierda, un poco hacia mi espalda, veía media cara de Ventura —cerca siempre uno del otro, en todas las escaramuzas— tras una gran lastra de mármol sobre la que habían escrito con letras grandes las palabras «subió al cielo», que en cierto momento empezaron a bailarme ante los ojos y en el cerebro como si las letras, una a una, saltaran incandescentes de la fragua de un herrero. Para mí, estaba convencido, la hora de subir al cielo no había llegado todavía; si se diera el caso, mejor bajar a la tierra, porque cuando es húmeda se pega a los hilos de las raíces. Era seguro que al cielo no había subido el soldado que, buscando la sombra de la capilla, se separó de la lápida que estaba delante de mí. Con la cabeza desgranada y delgado como era ahora parecía un odre. «Cuarenta grados a la sombra», decía el capitán; a la sombra de la capilla en la que estaba.

—Llegan los moros —me dijo Ventura.

Venían hacia nosotros y corrían inclinados, como en cucullas. Los del campanario dirigieron el fuego hacia ellos; el capitán y el periodista alargaron el cuello como jirafas, pero con el cuerpo pegado a la puerta de la capilla. Una bala silbó por encima de sus cabezas y el monóculo del periodista cayó al suelo y se hizo añicos con un sonido argénteo. Dijo: «¡Rojos malnacidos!», pero llevaba otro monóculo en el bolsillo, lo sacó del papel cebolla en el que lo guardaba y se lo llevó al ojo. Lo conocía, era de mi pueblo, no podía vivir sin monóculo. Recordaba cómo era cuando joven, en el 22: camisa negra, el sombrero de paja bien tieso, la fusta en la muñeca y el inseparable monóculo; sus amigos lo llamaban «el conde» para tomarle el pelo, pero era hijo de un viejo usurero. En el verano del 22 prendió fuego a la puerta del Sindicato de los Trabajadores, y a punto estuvo de incendiar todo el pueblo.

Luego, desapareció; no sabía que fuera periodista. La última vez que vino al pueblo, unos diez años atrás, dio una charla sobre D'Annunzio en el Teatro Comunal. A mí, las cosas de libros me gustan, pero su discurso hizo que D'Annunzio no me gustara. Volví a verlo en España, me presenté porque agrada, cuando se está fuera, encontrar un paisano, aunque en el pueblo no me acercase nunca a él por antipatía. Se alegraba, dijo, de encontrar un conciudadano al servicio de la patria en tierra española. «Bravo, honrémonos», dijo, era incapaz de saber qué estaba pasando.

Los moros habían sufrido bajas: desde donde estaba veía dos que habían caído —los brazos abiertos y la cara al sol—. «Cara al sol», decía el himno de la Falange, el mismo sol que se comía la cara de los muertos. El himno hablaba de los vivos que desfilan con la cara levantada al sol, pero para mí el sol era el emblema de la muerte. Nuestras ametralladoras disparaban furiosas: la llegada de los moros animaba siempre, al menos porque las acometidas arriesgadas ellos las emprendían festivamente.

Los del campanario no serían más de cuatro, con dos ametralladoras. En un momento dado, la metralla dejó de rugir; solo el ta-pum de los fusiles se oía regularmente. Ese ta-pum me recordó un lejano día de verano, a los bandidos que desde las peñas disparaban a los campesinos que iban por los caminos para que abandonaran los mulos. Mi padre me contó que aquel era el sonido que hacían los mosquetones austríacos: hacía poco que había acabado la guerra y los campos de mi pueblo hervían en bandidos. Los moros se impacientaron tras las tumbas y comenzaron a dejarse ver: desde el campanario dispararon de nuevo; los moros no se inmutaron; al poco se oyó la última ráfaga. Supimos que era la última del mismo modo que el campesino dice en la era «en nada

cambia el viento, se acabó el viento». A los del campanario, las ametralladoras no les servían para nada.

Una patrulla se quedó en el cementerio, los demás volvieron a la carrera a las puertas del pueblo. Mientras disparaban desde ambos lados de la calle y avanzaban apoyados en las paredes de las casas, los moros fueron hacia la iglesia; los del campanario disparaban los fusiles; uno de los moros cayó sobre los adoquines.

—¡Qué gente! —dijo el periodista.

—Están hechos de la pez del infierno —dijo Ventura.

Los moros alcanzaron las escaleras de la iglesia, solo entonces reparé en que era idéntica a la de Santa María de mi pueblo. Los del campanario no dispararon, luego se oyó una voz quebrada, como la de un chaval que tiene miedo y está a punto de echarse a llorar.

—Se rinden —dijo el periodista.

Los moros se acuclillaron en los escalones y apuntaron los fusiles hacia la puerta; oí cómo aumentaba el silencio a mi alrededor. Cuando alguien se rendía, sentía la terciana venir, sentía el filo helado de los cuchillos en la espalda, un nudo doloroso en la boca del estómago: a la cabeza me venían cosas de sueños, una cábala de cosas.

Se abrieron entre chirridos las puertas de la iglesia, salieron dos vestidos con un mono de obrero; uno estaba herido y llevaba en la cara el color de la muerte. Eran de la FAI, lo supe desde el momento en que me di cuenta de que no tenían escapatoria, y que eran conscientes de ello. Nos acercamos. El herido se estiró sobre los escalones, el otro se quitó el casco, cabellos del color de la paja le taparon la cara, el gesto de la mano desveló que era una mujer, tenía unos ojos grandes y grises. El coronel español empezó a hacerle preguntas, respondía rápida y quedaba claro que entre una respuesta y la

siguiente imploraba al coronel por el compañero herido. El periodista nos traducía «eran cuatro, dos han muerto en el campanario; ella es alemana...».

Con una sonrisa, el coronel habló con los moros, la mujer chilló; gritando de alegría, los moros se la llevaron. El periodista dijo: «Se la regala, harán que se divierta; encontrará más de lo que ha venido a buscar», y el ojo le resplandecía de malicia tras el monóculo.

Se llevaron también al herido, que era ya solo un gemido. Ventura y yo nos sentamos en las escaleras de la iglesia. Sacamos la picadura y el papel de fumar, me temblaban las manos y el tabaco se me caía al suelo. Se abrieron algunas casas, dos o tres ventanas se adornaron con banderas rojigualdas.

—Apenas se me ponga a tiro —dijo Ventura— a ese periodista de tu pueblo le meto una bala en el ojo de cristal.

—Y al coronel ese —dije.

—Al coronel también —dijo—; lo pongo el primero en la lista. Hace seis meses que hago la lista y se está haciendo demasiado larga, he de decidirme, a ver cuándo empiezo...

Ventura tenía algo de mafioso. Decía que, durante la guerra del 15, su padre, su tío, un compadre de su tío, un primo de su madre, vamos, que todos los de su pueblo que estaban en el frente no se lo pensaban dos veces a la hora de liberarse de los oficiales y de los sargentos «fétidos» aprovechando la confusión de los asaltos. De darle crédito, el ejército italiano habría perdido más oficiales y suboficiales por disparos de sus parientes que de los austriacos. Yo le permitía ese juego, me servía de desfogue, era una manera de desatar el nudo de desolación que sentía dentro. Ventura era buen compañero y quizá decía aquello para animarme. Desde Málaga llevábamos juntos; siempre cerca uno del otro en los momentos de peligro. Nos hicimos amigos un día que

la emprendió a puñetazos con un calabrés a quien le gustaba «ver los fusilamientos». Apenas tenía un momento libre decía «voy a ver los fusilamientos» alegre como si fuera a ver los fuegos artificiales el día de santa Rosalía. Ventura le dijo que dejara de hablar de los fusilamientos y que, si le gustaba verlos —que además es un gusto propio de cornudos—, fuera a verlos sin tocarle las pelotas a la gente a quien la sola mención le provocaba vómitos. El calabrés se revolvió e intentó darle con la bayoneta: Ventura le dejó buena la cara a base de puñetazos. Tras la riña, invité a Ventura a un vaso de vino, estuvimos una hora venga a pelar cangrejos de mar y beber vino, un vino semejante al de Pantelleria, generoso; solo en ese momento empecé a comprender de qué iba la guerra de España, pues yo creía que los «rojos» eran unos rebeldes que querían derrocar un gobierno legítimo. Ventura me explicó que la rebelión la organizaron los fascistas españoles y que solos no eran capaces de echar al gobierno, y entonces pidieron ayuda a Mussolini y Mussolini va y dice: «¿Qué hago con todos estos parados? Los mando a España y resuelto», y además no era verdad que el gobierno español fuera comunista.

—Y, oye —dijo Ventura—, ¿qué te han hecho los comunistas? ¿A ti y a mí, qué mal nos han hecho? A mí no me importan un pimiento ni el comunismo ni el fascismo, me cago en ellos, a América me quiero ir.

—¿Y cómo piensas llegar, a América?

—Por eso he venido a España —dijo—. Cambio de bando, los americanos ayudan a la República, americanos hay que luchan con las brigadas internacionales, hay una con solo americanos, atravieso las líneas y me meto en la brigada; si me matan, si me matáis vosotros... (esta idea de que yo o uno de nosotros pudiera matarlo lo sorprendió),

pero yo no la palmo en todo este jaleo, yo a América llevo, puede que con alguna pieza menos, pero llevo. A mi madre tengo en América, a mi hermano y a dos hermanas casadas, sobrinos... Fui cuando tenía dos años, con mi padre y mi madre, luego mi padre murió y me mezclé con todos los vagabundos del Bronx. Una noche se cargaron a un policía, me vi mezclado no sé cómo, no disparé yo, quince días después me metieron en el piróscifo que me devolvió a Italia... Todavía un chaval era, mi madre quería venir conmigo, la convencieron para que se quedara: que si un gran abogado se iba a ocupar de mí y me haría volver, y que también un senador... Diez años que mi madre va a ver al abogado y al senador, y yo en Italia desesperado, sin hacer nada, que dólares no me faltan, a la espera... He intentado más de una vez ir a Francia, me han pescado siempre... Apenas me dijeron lo de la guerra de España y lo de los voluntarios que buscaban, me convertí en el fascista más fanático del pueblo, me mandaron con los primeros, pero yo en el fascismo me cago, y también en el comunismo.

Creo que fue el vino lo que le desató la lengua, las ganas de confiarse por desfogue, que era mejor si no hablaba así conmigo, a quien apenas conocía; y tanta confianza, de cosas tan peligrosas, me daba miedo. Días después me dijo que aquella confesión no me la había hecho por culpa del vino, sino que sabía que de mí podía fiarse, él conocía a los hombres. Yo seguí creyendo que había sido el vino y le decía siempre que estuviera atento a no beber más de media botella.

—Tú —me dijo Ventura aquel día, con la ternura que el vino le provocaba hacia mí— eres uno de los que Mussolini se ha quitado de en medio; uno sin trabajo eres, mandemos a la guerra a ese parado; sin pan en Italia, en España un héroe será, hará locuras por la grandeza del Duce.